

# ¿No ves qué tierra, qué cielo?...

[Poema - Texto completo.]

Carolina Coronado

¿No ves qué tierra, qué cielo,  
uno azul, otra florida?  
¿No ves qué estrellas, mi vida,  
no ves qué luna, qué sol?  
¿No ves qué hermoso es el suelo  
donde Dios te ha confinado?  
Es fecundo, es dilatado,  
es soberbio, es.... ¡español!

Yo no vi de ese paisaje  
sino el rincón por su extremo;  
mas no hay duda que es supremo  
cual su tinta su pincel;  
pues, el lugar más salvaje  
de nuestra bella comarca  
forma, en los valles que abarca,  
a España rico dosel.

Por cada grano de tierra  
brota en ella una semilla;  
no hay extranjera avecilla  
que no nos la venga a hurtar:  
los pueblos nos mueven guerra  
por sólo pisar a España,  
cual transeúnte cabaña  
lamiendo el suelo al pasar.

Cuando sacuda tu mente  
de la infancia los ensueños,  
estos campos tan risueños  
y riquísimos al ver;  
¿por qué dirás esa gente,  
que ha marchado a mi venida,  
pasó la preciosa vida  
en quejas de padecer?

¿Por qué las tiernas mujeres,  
que a mi llegar se alejaron,  
tantas lágrimas lloraron

vertidas del corazón?  
Si tiene el mundo placeres  
y la vida tal encanto,  
¿por qué se ha dolido tanto  
la muerta generación?

Prende fuego en la montaña  
y devasta la pradera;  
mas oye a la primavera,  
la yerba vegeta más:  
así en la guerra de España  
que estos seres encendimos  
de cenizas os servimos  
a los que venís detrás.

¿Sabes tú para que puedas  
alcanzar luz en tus días  
qué de noches tan sombrías  
estamos pasando aquí?  
¡Tú que en el valle te quedas  
cuando nosotras nos vamos  
no sabes cómo le hallamos  
al venir antes de ti!

De laureles, de riqueza  
de altos honores cargados,  
son, Herminia, desgraciados  
los hombres de nuestra edad;  
de brillantes, de belleza  
y de amores circundadas  
mujeres muy desdichadas  
son las de esta sociedad.

Pero tú que has retardado  
más que aquellos tu venida,  
vas a encontrar en la vida  
más placer, menos dolor;  
pues que de España han cruzado  
tantos otros el camino,  
que sufre ya el peregrino  
sus asperezas mejor.

Ya nuestro campo no vemos  
salpicado y reteñido  
con la sangre que ha vertido  
la guerrera juventud;  
y ya tranquilos podemos  
elear nuestras canciones,  
sin que vengan los cañones

a atronar nuestro laúd.

Ni ya rechazan del coro  
a las cantoras mujeres;  
pues al fin que somos seres  
de la especie racional,  
en este siglo sonoro  
los españoles declaran...  
¡Qué indulgencia!... y nos preparan...  
¡Qué dicha!... lauro inmortal.

Pero es tarde, Herminia mía,  
tarde ya para esta gente,  
que ha pasado tristemente  
lo mejor de su vivir;  
esa naciente alegría  
que en nuestro pueblo resuena  
no basta a calmar la pena  
que venimos de sufrir.

De las pasadas tormentas  
naves nosotras heridas,  
vamos a quedar sumidas  
presto en el revuelto mar;  
pero tú, que apenas cuentas,  
Herminia, trescientos soles,  
a los puertos españoles  
logras a tiempo arribar.

¡Quiera Dios que la bonanza  
con que empieza tu fortuna  
como te mima en la cuna  
te mime en la juventud!  
Cada niña una esperanza  
de placer es para el mundo:  
¡quiera Dios que tú fecundo  
manantial seas de virtud!

Que los dulcísimos nombres  
que te da el materno anhelo  
de serafín y de cielo  
vayan de tu vida en pos.  
Que embelesados los hombres  
al exclamar —«¡qué hermosura!»  
añadan siempre:—«¡y qué pura!  
¡Bendígate, Herminia, Dios!»